NUM. 15. SEGUNDA SERIE. MAYO 5 DE 1840.

LA ESPERANZA,

PERIODICO SEMANAL,

de Literatura, Teatros y Modas.

Con este periódico se reparte todos los meses una hermosa litografía, y se publica un tomo de novelas. PRECIOS DE SUSCRICION: en Madrid 4 rs. vn. cada mes por solo el periódico y estampa; en las provincias 14 rs. vn. cada trimestre. CON NOVELAS: 6 rs. vn. en Madrid y 24 en las provincias.

Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, frente á las Covachuelas; en la estampería de Valle, calle de Carretas, y en la Redaccion plazuela del Angel, núm. 24, cuarto segundo.

EL ELEFANTE.

Su corpulencia, su fuerza, su inteligencia, su valor, su prudencia, su sangre fria, su memoria, su agradecimiento, su moderacion y su obediencia, le hacen digno de ocupar el primer lugar entre los seres que la divina creacion ha sometido al poder del hombre. En el estado salvage no se muestra feroz, y la sangre no tiene ningun atractivo para él. Si hace uso de sus fuerzas, es para su propia defensa y para la de sus semejantes. Raras veces se le vé solo: es muy aficionado á vivir en sociedad, y cuando vá con otros, es admirable ver el modo con que le está designado á cada cual su puesto. El mas anciano conduce la tropa, y el que le sigue en edad la hace marchar, colocándose siempre el último. En el centro están los mas jóvenes y los mas débiles. Las madres llevan á sus hijos, cuando son pequeños, abrazándolos con sus trompas. Pero solo conservan este orden cuando van á pastar á las tierras cultivadas, porque temen los ataques de los hombres: en los bosques no toman semejantes precauciones. Sin embargo, no se separan nunca enteramente, á fin de poderse avisar y socorrer en caso de peligro. Algunos se estravian de los demas, y estos son precisamente los que los cazadores atacan; porque, cuando están reunidos, sería imprudente intentarlo; pues marchan en derechura hácia el enemigo, y desgraciado del que encuentran; le recogen con la trompa, le despiden como una piedra, y acaban de matarle pisándole con los pies.

Los antiguos miraban al elefante como un prodigio de la naturaleza, y le consagraban cierta adoracion. Los pueblos que creen en la metancicosis están aun persuadidos de que un cuerpo tan magestuoso como el del elefante no puede estar animado mas que por el alma de un gran hombre ó de un rey. En Siám, Laos y Pegú, los elefantes blancos son reverenciados como los manes de los emperadores de las Indias. Cada uno tiene su palacio, numerosos criados, una bajilla de oro, comestibles esquisitos, vestidos magníficos, y están dispensados de todo trabajo y de toda obediencia. El

emperador es el único ante el que doblan ellos la rodilla, y el monarca les devuelve este saludo.

El modo de cazar el elefante consiste en levantar empalizadas al rededor de un espacio al que le atraen, ó en hacerle caer en unos hoyos abiertos al efecto. Reúnesele en seguida con elefantes domesticados, y se le doma á los pocos dias con caricias, amenazas ó golpes.

Una vez educado, es el animal mas manso y mas obediente. No hay nada que pueda compararse al cariño que profesa al que le cuida, y se complace en manifestarle su agradecimiento con mil caricias, y se esfuerza en adivinar todo lo que á su parecer le puede agradar. En muy corto tiempo comprende las señas y conoce las diversas inflexiones de la voz de su amo. Ora se enfade, ora mande, ora manifieste que está satisfecho, el elefante no se equivoca nunca, y obra siempre segun conviene, y siempre con reflexion, porque este animal es tan acompasado en su inteligencia, como en sus movimientos habituales. Al cabo de algunas semanas, no solo dobla la rodilla para ayudar á los que le quieren montar, sino que acaricia tambien con su trompa á las personas que ama, y saluda á los que éstas le señalan. Le gustan mucho los adornos y se alegra cuando le cubren con dorados arneses y brillantes mantillas. Sirve igualmente para tiro y para carga. Trabaja con ardor y tira continuamente, sin cansarse, de los carros, de las carretas, de los buques y de los cabrestantes; pero toda su buena voluntad le abandona si se le castiga injustamente, y si el que le conduce no se muestra agradecido por los trabajos que pasa para complacerle.

Es notable en el elefante la pequeñéz de sus ojos, considerada relativamente con el volúmen de su cuerpo; pero esta deformidad está ámpliamente compensada por la espresion patética y sentimental que reina en ellos. Espresan la dulzura, la amistad, la atencion, la inteligencia, la penetracion; y si es cierto que los ojos son el espejo del alma, la del elefante (damos aqui el nombre de alma al sentimiento intelectual que en los animales se llama instinto) encierra estas bellas cualidades.

Su oido y su olfato son escelentes. Se deleita con el sonido de la música, y le gustan estraordinariamente toda clase de perfumes, y sobre todo las flores odoríferas. Aprende con facilidad á marcar la medida, á moverse á compás, y añade muy oportunamente algunos acentos al ruido de los tambores y al sonido de los clarines.

El elefante no tiene tacto mas que en la trompa; pero esta parte estraordinaria de su cuerpo que es para él lo que la mano para el hombre, está organizada de modo que puede, á su antojo, encogerla, alargarla, retorcerla y moverla en todas direcciones. Su estremidad termina con una especie de dedo y se sirve de él con una destreza increible para levantar del suelo las monedas mas pequeñas, coger las yerbas y las flores, eligiéndolas una por una, deshacer los nudos de las cuerdas, abrir y cerrar las puertas dando vueltas á la llave y descorrer los cerrojos; y en fin, trazar caractéres regulares con un instrumento tan pequeño como una pluma.

Cuanto mas se examina con atencion las facultades de la trompa del elefante, tanto mas se convence uno de que de todos los instrumentos con que la naturaleza ha provisto pródigamente sus queridas producciones, es este el mas completo y el mas admirable. Porque, no solo es un instrumento orgánico, sino que es tambien un triple sentido, cuyas funciones están de tal modo reunidas y tan bien combinadas, que son al mismo

tiempo la causa, y producen los efectos de esa inteligencia que distingue al elefante y le eleva sobre todos los animales.

Cuando el conductor de un elefante quiere hacerle llevar una carga desmesurada, y á la que muestra repugnancia, es preciso que le prometa aguardiente de azucar ó alguna otra cosa que le guste. Entonces el animal redobla sus esfuerzos; pero desgraciado del que se atreviera á engañarle; porque la venganza del elefante es terrible. Un hecho que tuvo lugar en el Dekan, prueba lo que acabamos de decir. Un elefante mató á su conductor que le habia engañado. Su muger, testigo de este espectáculo, arroja á sus dos hijos á los pies del animal, que estaba aun furioso, diciéndole: Has muerto á mi marido, mátame á mí tambien y á mis hijos. A estas palabras se para el elefante, y sosegándose, como si fuese sensible á los remordimientos, recoge con la trompa al mayor de los dos niños, le coloca sobre su cuello, y le adopta por su conductor.

Pero si con razon se puede acusar al elefante de ser vengativo, sería una injusticia no elogiar el agradecimiento que conserva á los que le hacen bien. Un soldado de Pondichery, que, cuando cobraba el pré, llevaba á uno de esos animales una medida de aguardiente de azucar, se emborrachó un dia. La guardia le perseguia para conducirle á la cárcel. El soldado, con el objeto de sustraerse al castigo que le aguardaba, se ocultó debajo del elefante y se quedó dormido. La guardia trató de arrancarle de su asilo, pero fueron inútiles todos sus esfuerzos por la resistencia que el elefante le opuso con su trompa. El soldado pasó toda la noche en un profundo sueño. Cuando llegó el dia y se le hubo pasado la borrachera, se estremeció al verse debajo de un animal tan enorme; pero el elefante procuró tranquilizarle acariciándole con la trompa, y consiguió hacerle entender que podia marcharse.

Se asegura que el elefante vive muchos siglos. Alejandro fue el primero que le montó en Europa. Se le encuentra en todos los paises meridionales del Africa y del Asia, en Ceylan, en el Mogol, en Bengala, en Siam, en Pegú y todos los demas puntos de la India. Hacen con facilidad y sin cansarse quince ó veinta leguas por dia, y pueden hacer hasta treinta y cinco y cuarenta.

Ordenes Militares de Europa.

NOTICIA DE SU FUNDACION Y ORIGEN.

Caballeros Constantinos-angelicales-aureatos de San Jorge Mártir en Grecia, ahora en Italia.

Año CCCXIII.

Cuando el imperio romano estaba tiranizado por Magencio, que se habia hecho llamar emperador, muerto ya naturalmente Maximiano su padre y Constancio Cloro, y violentamente Severo Cesar, se retiraron la mayor parte de los ciudadanos á una cueva llamada *Phaliscos*, cuyo sitio lleva ahora el nombre de San Silvestre. El emperador Constantino por inspiracion divina, segun dijo, se hizo cristiano y acordó formar una legion con los fugitivos: al frente de ella marchó en busca de Magencio, quien confiado en su numeroso ejército aceptó la batalla que le presentaron, y cerca del puente Milvio fue vencido y puestas

en huida sus legiones. El mismo Magencio pereció en una celada que tenia preparada á sus enemigos, pues al pasar un puente que habia sobre el Tíber, construido artificiosamente, con el peso de los hombres y caballos que huian se fue á fondo, pereciendo todos con su rey, en medio de las aguas.

Constancio entró triunfante en Roma: el pueblo y el senado salieron á recibirle, y acordaron en memoria de tal victoria instituir esta milicia, la cual fue dotada con mucha liberalidad, tanto por su fundador, como por sus sucesores.

La insignia de esta milicia es una cruz de terciopelo carmesí, cuyos cuatro lados rematan como una flor de lis: la atraviesa el *Lábaro* que es una X con las letras de un brazo al otro A y Ω, principio y fin. Los lados van perfilados de oro y seda, y el *Lábaro* lo está de oro: el hábito es blanco y la cruz se lleva al lado izquierdo. Hay tres clases de caballeros: los que pertenecen á la primera son grandes cruces y se llaman *Torcuatos:* llevan un collar formado de *Lábaros*, del que pende la cruz con un San Jorge: á la segunda pertenecen los caballeros, y solo llevan la cruz: pertenecen á la tercera los sirvientes, y aun cuando llevan la cruz, le falta el brazo superior. Los sacerdotes pertenecen á la segunda clase.

El estandarte que llevan á la guerra y á las procesiones, tiene á un lado la Vírgen circundada de rayos de luz, con el collar de la orden en el cuello; y á los pies un dragon con la siguiente inscripcion: *Constantine in hoc signo vinces.* En el reverso están las armas del emperador, que consisten en una águila imperial negra, con dos cabezas, ceñidas de coronas imperiales: en el pecho un escudo partido en cuatro cuarteles: al lado derecho la cruz de la orden, y debajo tres barras coloradas con tres coronas en cada barra, y en medio un escudillo con un angel, que recibe de un brazo que sale de una nube una palma y una cruz: entre los dos cuellos del águila una corona imperial, rodeada desde las alas hasta los pies con el collar de la orden.

Caballeros de San Anton, del Preste Juan de las Indias, en Etiopía.

Año CCCLXX.

Entre las antiguas órdenes militares, ocupa el segundo lugar la noble caballería de San Anton Abad, instituida en 370 por San Juan, emperador de Abisinia, movido de un santo celo contra los enemigos de la fé católica. Los caballeros legos se distinguian de los frailes en unas lises que se añadian á la cruz, la cual era de la figura de una T. El hábito de los frailes consistia en una cogulla negra, á manera del que usan los basilios, con la insignia azul. Cada caballero estaba obligado á dar uno de los tres hijos varones que tuviese para combatir en defensa de la orden, los cuales servian nueve años en la guerra, ó noviciado; tres en el presidio del mar Bermejo, guardando las costas de Etiopia de los corsarios que salian de la Arabia; tres en la isla de Meroe, que mira á Ejipto y otros tres en la frontera del reino de Borno. Concluidos los nueve años, le daba su capitan una carta para el comendador, asegurando que habia cumplido fielmente sus obligaciones, con la cual marchaba de Meroe para Etiopia, donde recibia el hábito de profesion. El modo de conseguir ésta era presentarse el dia señalado á la puerta de la Abadía, armado de una coraza de piel de elefante, con su espada en el cinto, adarga embrazada y lanza, donde le esperaban doce caballeros comendadores armados como él, y el mas antiguo se adelantaba, y dando tres lanza-

zos á la puerta, pedia que le abriesen los de adentro, asegurando que *habia servido en la guerra segun las constituciones y reglas de caballeros.*

El gran abad lleva una cruz azul grande que le cruza todo el pecho, y se le sirve con mas aparato y obstentacion que á un monarca.

El estandarte que llevan á la guerra es negro: á un lado tiene un leon rodeado con una faja y con las manos sostiene un Santo Cristo, con el siguiente mote: *Vicit leo de tribu Indá*, que son las armas del emperador Preste Juan: el escudo está atravesado por un báculo patriarcal, y tiene encima una corona patriarcal En el otro lado del estandarte está la cruz de la orden.

Caballeros del Santo Sepulcro de Cristo en Jerusalen.

Muy diferentes son las opiniones que existen acerca de esta milicia: unos aseguran ser fundada por Constantino y Santa Elena su madre, cuando descubrió la cruz de Cristo: otros dicen tener su orígen de San Jacome, obispo de Jerusalen. Viviendo Inocencio VIII, agregó estos caballeros á la religion de Malta. Su instituto es guardar el sepulcro de Cristo y defender á los peregrinos de los turcos. Su hábito es un manto blanco con una cruz colorada con otras cuatro pequeñas de color rojo, colocadas á su alrededor, en memoria de las cinco llagas. Hay quien dice que Santa Elena les dió esta insignia para que predicáran la fé católica en las cuatro partes del mundo. Para armar los caballeros, el guardian les calza unas espuelas, y dándoles una espada desnuda, los invita á que la tomen para su defensa y para la de la fé católica. El caballero se levanta en seguida del suelo y reclina la cabeza sobre el santo sepulcro: el guardian le dá tres golpes con la espada en las espaldas, acompañando toda esta ceremonia con las oraciones y preces de la regla.

Caballeros de la Encina en Navarra.

Año de DCCXXII.

Los moros tenian oprimido el reino de Navarra en 722, y como contaban con numerosas falanges, nadie se atrevia á ponerse á la cabeza de sus naturales para sacudir la opresion musulmana. Inspirados al fin los navarros, acordaron nombrar general á D. García Gimenez, descendiente de los godos y persona de mucha prudencia y valor. Habiéndole manifestado la necesidad del reino, y que tenian puesta su confianza en él, aceptó la propuesta. Desnudóse del grosero sayal que vestia, y armándose de pies á cabeza, marchó en busca del enemigo. Al salir de la ciudad se le apareció encima de una encina la señal de la Cruz, y marchó gozoso con este feliz anuncio de victoria. Llegando á donde estaba el enemigo, le dió tan fuerte acometida, que dejó el suelo sembrado de cadáveres, turbantes y cimitarras. Despues de haber vencido á los agarenos entró triunfante en la ciudad, y fue aclamado rey. A los pocos meses instituyó la orden militar de la *Encina*, incluyendo en ella á los mas nobles, y dándoles por insignia, en hábito blanco, una cruz roja encima de una verde, con la inscripcion siguiente: *Non timebo millia circundantes me.* Esta orden tenia estatutos y encomiendas, pero el tiempo lo ha oscurecido todo. El estandarte de la orden tenia en un lado tres coronas góticas y en el otro la encina con la cruz y el mote.

(Se continuará.)

POESÍA.

LEONOR (1).

I.

¡Bien haya la hermosa y pura
Que al requerirla de amores,
Las fementidas lisonjas
Como lisonjas las oye!
¡Bien haya la que cruzando
Por el mar de las pasiones,
Serena vé de sus olas
El revuelto hirviente choque!
Y la que modesta huyendo
De las corrompidas flores,
Evita el fatal veneno
Que en ellas amor esconde.
Bien haya! porque la vida
Es grata, tranquila entonces.....
Y es horrible cuando impuras
La salpican las pasiones.
Es hermosa, cuando el alma
La cárcel del pecho rompe,
Y se eleva..... sin que el mal
La contamine ni toque.
Y cuando en su vuelo rápido
Las nieblas se le interponen,
Sabe rasgarlas y huir
Por el límpido horizonte.
Pero ¡ay! ¡qué triste y amarga
Es cuando un insómnio torpe
Se abandona á los deleites,
Y solo tras ellos corre!
En vano soláz y gloria
Le mienten sus ilusiones,
Y le brindan los placeres
Con sus alhagos traidores.
En vano, pues, sin sentir
Sus horas pasan veloces.....
Y el alma al fin la desploma
El cáncer que la corroe.

Así Leonor de Mendoza,
Muger de Diego Quiñones,
Pagó por haber faltado
A su recato y su nombre.
Es bella de las mas bellas,
Y noble de las mas nobles,
Que del rey Felipe IV
Aparecen en la corte.
De hermosa como de honesta
Tiene fama entre los jóvenes,
Porque siempre de sus ojos
Severo el manto la esconde,
Pero por mucho que el manto
Entre sus pliegues la emboce,
Algunos del rostro han visto
Las peregrinas facciones.
Le han visto al dejar la silla,
Algunos sin que lo note,
El escaso pié que apenas
Su planta en el suelo pone.
Y otros, tambien por descuido,
La cándida mano, en donde
La nieve al dejar las nubes
Entre sus dedos quedóse.
Todos se abrasan por ella,
Do quiera tras ella corren,
Y por ella mas que todos
Se abrasa D. Juan Ordoñez.
Ordoñez! que es caballero
Y valiente, y rico y joven,
Y que ademas en sus armas
Lleva corona de conde.
Por ella ardiente suspira,
Ronda sus rejas de noche,
Y nunca sale un favor
Ni por rejas ni balcones.
Ninguno sabe que está
Casada, porque Quiñones
Se desposó de secreto,
Porque ser no pudo á voces.
No pudo, porque los deudos
De ella, aunque él era noble,

(1) Esta composicion corresponde á la estampa que se repartió con el número anterior.

No quisieron se casára
Porque era Quiñones pobre.
Y aunque pobre, se casó
Porque nada se le opone,
Y cuando estuvo casado
A poco dejó la corte.
Pero queriendo volver
Rico de hacienda y honores,
Para las guerras de Flandes
Con Espinola marchóse.
Por eso todos ignoran
El enlace de Quiñones,
De cuya ausencia, dos años
Han transcurrido veloces.
En ellos mucho quisiera
El conde D. Juan Ordoñez
Haber tenido ocasion
Para premiar sus amores;
Pero nunca se le ofrece
Ni en ventanas ni en balcones:
Si ronda, nada consigue,
Y si llama, no responden.
Cansado, dicen, que andaba
De amores sin fruto el conde,
Cuando una casualidad
Por fortuna reanimóle.
Yendo á misa á San Gerónimo,
Vió á la esposa de Quiñones,
Y ella dicen vió tambien
Al galan D. Juan Ordoñez.
Vá una dueña en su compaña,
Un manto oculta sus soles,
Y aquella ligera planta
Se desliza entre las flores.
No se sabe si D. Juan
En ella causó impresiones....,
Mas lo cierto es que la dueña
Poco á poco á tras quedóse.
Y al ver D. Juan aquel nuncio,
Feliz para sus amores,
Poco á poco á Leonor bella
Con timidéz acercóse.

—Perdonad, señora mia,
Que os vaya agora sirviendo
Aquel que vive mintiendo
Des que le privais del dia.
—Caballero, á lo que veo
Vos venis equivocado,
Pues de nada os he privado
Y nunca me visteis, creo.
—Que no os he visto, Leonor?
Mirad, señora, mis ojos.....
Preguntadles sin enojos
Desde cuándo os tengo amor.
—Callad, conde!.....
—Ya lo veis.
—Qué he de ver?
—Me habeis nombrado.
Y no estoy equivocado
Cuando vos me conoceis.
—Quereis idos?
—Cómo, así?
—Porque así amenguo mi fama.
—Sois vos, Leonor, mucha dama
Para amengüarla hoy aquí.
—Quereis callar?
—Callaré;
Pero en vano lo mandais,
Pues si mis labios cerrais
Con los ojos hablaré.
—Tan forzoso os llega á ser
El hablar?
—Mucho, y á vos.
—Pues hablad, conde, y por Dios
Que no os he de responder.
—Lo jurais?
—Sí, por mi fé.
—Acaso jurais en vano.....
—No! conde.....
—No es tan tirano
Vuestro pecho, bien lo sé.
—Lo sabeis vos? .....
—Sí, señora.
—Y por razon, qué direis?
—Que no es justo que trateis
Con rigor al que os adora.
Al que solo piensa en vos
Y á confesar se apresura, . . .
Rendido á tanta hermosura.....
—Callad, Ordoñez, por Dios.

—Por él que me habeis de oir!....
Que es duro vivir, hermosa,
Cual vive la mariposa,
Cual ella tambien morir.
—No apena tanto un desvío.
—Si es de vos, causa la muerte,
Porque el alma es menos fuerte
Si ya entregó su alvedrío.
—A quién lo disteis?
—A vos.
—A mí sola y nada mas?
—Lo dudais?
—Sí, por demás.
—Leonor! lo juro por Dios.
—Cuidad no JUREIS EN VANO.
—Cual caballero os lo juro,
Y nunca he sido perjuro.
—Pero sois muy cortesano.
—En fin, qué esperanza dais
Para alimentar mi amor?
—Ninguna, conde.
—¡Leonor!
Severa, por Dios, estais.
—Siempre lo fuí.
—Bien lo veo.
—Qué veis?
—Vuestra sinrazon.
—Miente tanto el corazon....
—Creed que el mio.....
—No os creo.
—Pues el tiempo os lo dirá.
—El tiempo suele mentir.
—Por vos me veréis morir.
—El conde no morirá.
—Vos sereis, Leonor, su juez.
—Yo, conde?
—Y si sois propicia....
—Qué?.....
—Entonces me hareis justicia.
Es verdad, Leonor?...
—Tal vez.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Pronto te olvidas, Leonor,
Del pobre Diego Quiñones;
Por qué, si al conde desdeñas.....
Por qué, Leonor, le respondes?
Por qué le diste á la dueña
Para quedarse ateis orden,
Y por qué prestas oido
A las lisonjas de un joven?
No te valdrá por disculpa
Decir que mucho habló el conde,
Porque hablan los hombres mucho
Cuando las damas los oyen.
Y tanto el conde alcanzó
Con sus sentidas razones,
Que en blanda cera cambió
Aquel corazon de bronce.
Y es fama que á poco tiempo
De aquesta audiencia de amores,
Leonor le daba en su casa
Audiencia todas las noches.

T. Rodriguez Rubí.

(Se continuará.)

La mancha en el Turbante.

(LEYENDA ARABE.)

El-Biré tenia una hija, Abdelazia era su nombre, y la fama de su maravillosa hermosura llegó á oidos del joven Asmolán, hijo único del Bajá: en un pais, en el que las mugeres están encerradas y vigiladas con una rigidéz estremada, tenia que vencer mil obstáculos para poderla ver. Venciólos en efecto.

Cuando hubo cerrado la noche, un desconocido atormentado por el hambre, se presenta á la puerta de El-Biré, quien precisamente habia ido á pasar unos dias á una casa de campo que poseia á media legua de la ciudad.

Embozado en un viejo albornóz, parece que está estenuado de cansancio; llega de *Constantinopla*, reclama la hospitalidad, y vá á espirar si se le niega un lecho para la noche. Maravia, nodriza de Abdelazia, le recibe, le acoge bondadosamente y le hace entrar; pero apenas ha pasado el umbral de la puerta, apenas ha visto ésta cerrada, cuando, desembozándose, agarra á la anciana nodriza con violencia, la amenaza herirla con el puñal si pronuncia una sola palabra, y arrastrándola consigo, se lanza á una habitacion, á la que le guiaba el sonido de una cítara.

Una joven está recostada en un sofá: sus brazos, blancos como la nieve, sostienen una cítara, cuyas cuerdas hace resonar una mano ligera: las largas trenzas de su negra cabellera entretegidas con oro y pedrerías, y libres de las cintas que las sujetaban, caen al rededor de su torneado cuello, y hacen resaltar el alabastro de su seno: una túnica azul marca los divinos contornos de su esbelto talle, y en su graciosa frente brilla solitaria una perla de Oriente. Hermosa como la mas hermosa de las Huris, Abdelazia vivia ignorada, y aunque la fama de sus atractivos habia traspasado los límites de su habitacion, ningun hombre, hasta entonces, la habia aun admirado.

La pobre musulmana oye un ruido estraño; no es el paso ligero de las mugeres que le sirven y su padre se halla ausente: levántase, pero antes de que tenga tiempo de llamar, un estraño se arroja á sus pies. Es joven y hermoso; sus ojos despiden llamas, y sin embargo sus miradas piden perdon: habla y su sonora y suplicante voz produce en el alma de Abdelazia una turbacion y un fuego que ella desconocia. Quiere contestar, pero vé al que le implora, y la amenaza espira en sus labios, y sus miradas no pueden ser severas, y su cándido y puro rostro se inclina hácia el desconocido.

Ambos jóvenes, ambos hermosos y en la edad en que el amor abrasa los corazones.....

El feliz Asmolán salió furtivamente de casa de El-Biré el dia siguiente por la mañana..... Esta visita no fue la última. El-Biré estuvo ocho dias en el campo, y cuando regresó fue á visitar al bajá, despues de haber dado un beso á su hija, que se habia sonrojado al verle. Abadul-Nessir estaba rodeado de su corte, de sus guardias y de sus oficiales, y recibió al favorito con su acostumbrada bondad; pero reinaba en las facciones del déspota una frialdad estraña.

Dirigió muy pocas palabras á su favorito.

—El-Biré, le dijo: tienes una mancha en el turbante, y se volvió y habló de otra cosa.

El musulman se retiró á su casa, y cuando su hija, segun tenia de costumbre, presentó su frente á los labios paternales, frunció las cejas y no le hizo la acostumbrada caricia.

El dia siguiente, El-Biré, que no habia dormido en toda la noche, volvió á casa del bajá.

Abdul-Nessir no le devolvió el saludo, y repitió con frialdad estas palabras:

—El-Biré, tienes una mancha en el turbante.

—El-Biré se prosternó y salió precipitadamente: al entrar en la casa llamó á Camiros, el mas negro y el mas feo de todos sus esclavos.

—Toma una cuerda, le dijo, y baja á la bóveda de los sepulcros.

Camiros obedeció, silencioso como la muerte.

—Abdelazia! esclama El-Biré con fuerza, y Abdelazia se presenta mas bella y

mas llena de atractivos que nunca á los ojos de su padre: una túnica blanca de casimir cubre sus elegantes formas: sus negros cabellos, trenzados con esmero, coronan su graciosa cabeza: dos hilos de finas perlas adornan su frente y le prestan nuevos atractivos: la sonrisa del amor se asomaban á sus labios de coral: sus ojos llenos de deleite preguntan á su padre; y risueña, sigue el camino que éste le indica sin hablar.

Sin embargo, al ver la sombría escalera que conduce á la fúnebre bóveda, la sonrisa se borra de sus labios; pero sigue andando, y llega con su padre al frente de una sepultura entreabierta.

Dirige una mirada á su alrededor, y vé un poste, una cuerda y á Camiros que permanece inmóvil; vuélvese hácia su padre y se estremece.

A una seña de su amo se precipita el esclavo sobre Abdelazia: sus negras manos se acercan inhumanamente á un cuello que se balanceaba graciosamente sobre unos hombros de marfil; y en menos de un minuto una cuerda tosca reemplaza la cadena de rubís que adornan tan hermoso cuello.

—Padre mio! qué haces? esclamó la desventurada joven, mientras que la arrastraban á un poste.

—Lavo mi turbante, contesta con sombría y triste voz el cruel musulman, y sale precipitadamente de la bóveda.

Oyese un grito prolongado, un grito terrible, un grito de congoja, cuyo doloroso eco repite la bóveda; óyese á poco otro mas sordo, mas sofocado..... Es el último suspiro de la desventurada Abdelazia.

****

Crónica.

La noche del 27 se puso en escena en el teatro del Príncipe el drama en cinco actos de Dumas, titulado *Gabriela de Belle-Isle*. Este drama, que tuvo en el primer teatro francés un éxito brillantísimo, le ha tenido aqui no mas que regular; y esto se traduce fácilmente, si se considera (prescindiendo de otras causas) que, el modo admirable con que el autor retrata á los personages que en él figuran, y la esmerada precision con que copia las costumbres de la corte de Luis XV, constituyen una gran parte de su mérito, mérito enteramente local, y que un público español no puede apreciar en todo su valor por no estar generalmente familiarizado con la historia privada de la Francia. Sin embargo, *Gabriela de Belle-Isle* tiene otras bellezas que están al alcance de todos los públicos, y el madrileño no las ha dejado pasar con indiferencia: tales son la feliz combinacion del argumento desenvuelto con naturalidad é interés: las ya cómicas, ya dramáticas situaciones en que están colocados los personages; y el animado diálogo unas veces chistoso y otras veces sentido con que están escritas todas las escenas. En la ejecucion estuvo admirable la señora Diez, y sublime en la escena 4.ª del acto 3.º y en la 2.ª del 5.º Dió al papel de Gabriela todo el colorido de que es susceptible, y hasta nos atrevemos á decir que fue mas allá de lo que el autor se propuso al escribirle. Sin embargo, hubiéramos querido que al fin de la escena 3.ª del tercer acto

hubiese desplegado mas energía: al pedir á Richelieu una confesion en que declare que la ha calumniado, no es la muger la que suplica, es la virtud ofendida la que exige, la que manda. El señor Romea (mayor) no marcó, á nuestro parecer, el carácter del personage que representaba; no hizo mas que indicarle. El señor Romea (menor) estuvo poco feliz; y le aconsejamos que en lo sucesivo se abandone á sus inspiraciones, huyendo de toda imitacion.

—La compañía dramática del teatro principal de Sevilla empezó sus funciones el domingo de Pascua con la comedia en tres actos *Cada cual con su razon*. Los periódicos de esta ciudad, al esponer el juicio que han formado acerca de los principales actores, hacen mil elogios de doña Teresa Baus y de los señores Lombía y Lopez (don Pedro.) *El Conservador* dice: «La señora Baus, cuyo solo apellido la recomienda, no desmiente por cierto la línea de que procede, y hemos encontrado en ella dotes muy recomendables. Buena voz, ademanes nobles, y espresion bastante en el decir. Del señor Lombía, actor de reputacion, actor coronado ya por el público de Madrid, esperábamos mucho, pero acaso en esta comedia, por mas que haya sido escrita para él, no sea donde mejor pueda lucir los talentos cómicos que desde luego descubre. Su voz es agradable, aunque sin mucha robustéz en sus pulmones, y declama con suma naturalidad y buen gusto. Quisiéramos recordar algunos versos de la comedia, que por una fatalidad no tenemos á la mano, en los cuales estuvo muy feliz, pues le dió á los conceptos, sin afectarlos, toda la intencion que el autor se propusiera: esto es declamar. El señor Lopez, digno sucesor de Caprara en los teatros de la corte, apareció como creíamos, tan noble, tan espresivo. En este actor hay mucho sentimiento, mucha naturalidad, y sobre todo, mucha dignidad; y cuando nos acostumbremos al eco de su voz, que es un tanto dura, nos agradará doblemente. Sacó todo el partido posible de su inconsecuente papel, y en las transiciones, particularmente, manifestó una grande maestría.» En los mismos términos se espresa el *Sevillano*, terminando el artículo con el párrafo siguiente: «El público sevillano, justo y entusiasta por el arte sublime de la declamacion, ha recompensado los esfuerzos de los principales actores, y multitud de bravos y multitud de aplausos, han dado á conocer á los mismos lo muy satisfechos que habian quedado todos los espectadores.»

—Nuestro corresponsal de Málaga nos escribe que el 19 del pasado empezó sus tareas la compañía dramática con la linda comedia en dos actos *La muger de un Artista*; y que los actores fueron bien recibidos, y muy particularmente don Pedro Gonzalez Mate. Añade, que este artista obtuvo, la noche del 21, un triunfo completo en la comedia del teatro antiguo español *El rico Hombre de Alcalá*.

—Nada podemos decir á nuestros lectores acerca de las compañías del teatro de Barcelona, porque con motivo de no estar concluida la obra que en él se hacia, no podian empezar á trabajar hasta el dia 23 de abril; y la correspondencia que hemos recibido de aquella ciudad no alcanza mas que hasta el 19. La dramática debia empezar sus trabajos con el drama de don José Zorrilla, *El Zapatero y el Rey*.

—El sábado de la semana pasada, la compañía gimnástica del señor Paul principió sus trabajos en el magnífico *Circo* que se ha construido en la plazuela de la Libertad. Este edificio, dirigido por el acreditado arquitecto don

Lucio de Olavarrieta es de un efecto admirable, y en él se hallan hermanados el buen gusto, la elegancia y la comodidad. Numerosa y escogida ha sido la concurrencia que ha asistido á las funciones que hasta ahora se han dado, quedando sumamente satisfecha de toda la compañía, como se lo ha demostrado con estrepitosos y repetidos aplausos. Merecen una particular mencion el señor Paul por la valentía, soltura y precision con que ejecuta la escena del griego defendiendo el estandarte de la Cruz: el señor Rattel, por la facilidad admirable con que imita el mono, ya sosteniéndose con los pies en el cuello de una botella de cristal, equilibrio dificilísimo; ya andando á gatas por un aro, y por las barandillas de los palcos principales y segundos: el señor Amand por el arrojo con que ejecuta la mortal carrera del chino, y en fin, la niña Emilia, hija del señor Paul, por la gracia y maestría con que ejecuta la escena del contrabandista andaluz. El *circo*, en una palabra, se ha abierto bajo buenos auspicios, y estamos persuadidos de que los esfuerzos del señor Paul por complacer á un público que tantas muestras de aprecio le ha dispensado, serán recompensados cual merece.

—Nuestro corresponsal de Granada nos dice que el 19 de abril empezó la compañía dramática sus tareas con el drama *Doña Mencía ó la Boda en la Inquisicion*, y que se habia anunciado para el 20 la comedia en tres actos *La Escuela de los Viejos*, y la pieza el *Marido Sollero*: para el 21 el drama en cinco actos *Luis Onceno*; y para el 22 la comedia en dos actos *El Pilluelo de París*, y la pieza *A la Zorra candilazo*.

—En la ciudad de Santiago se ha habilitado un teatro provisional con el objeto de derribar el viejo, y levantar uno por el plan del de Santander, el cual debe estar concluido el 1.° d octubre. Lo estrenará la compañía dramática que trabaja actualmente en dicha ciudad.

COMPAÑIAS DRAMATICAS
PARA EL AÑO DE 1840.

TEATRO DE SANTIAGO.

Director de escena: Don José García Olaso. *Actrices*: Doña Dolores Ortiz, doña Mercedes García, doña Dolores Boix, doña Tomasa Pando, doña Bonifacia Eguizabal, doña Bernardina Hernandez, doña Andrea Abelar. *Actores*: Don José García Olaso, don José Ramon Coza, don José Aznar (menor), don Silverio García, don Antonio Aparicio, don José Capa, don José Aznar (mayor), don Juan Porcáz, don Luiz Aznar, don José Pastor. *Apuntadores*: Don Francisco Aznár (menor), don Francisco Aznar (mayor), don Francisco García. *Actores líricos*: Doña Josefa Cueto, don Antonio Aparicio, don José Aznar (menor), don Luis Aznar, don José Pastor. *Baile*: Doña Tomasa Pando, don José Capa.

ANUNCIO.

JEREZ Y BORGOÑA.

Wals coreado, compuesto por D. José de Zorrilla, y puesto en música por D. Sebastian de Iradier, ejecutado en los bailes de máscaras de Villa-hermosa. Se halla impreso á 5 reales en la imprenta y librería de Boix, calle de Carretas, núm. 8; y en los almacenes de música de Carrafa, Lodre, Mintegui y Hermoso, con los walses del JAQUE, ALZA PUÑALÁ, INOCENTE, AGUA VÁ y el CHARRÁN, á 2 reales cada uno; y la colecion completa á 8 reales.

MADRID:

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Lobo, núm. 34.